

Ree Drummond

Bestseller de *The New York Times*



cambio mis
TACONES
por las ruedas de un
TRACTOR


ESPASA

REE DRUMMOND

CAMBIO MIS TACONES
POR LAS RUEDAS DE UN TRACTOR

Traducción de Ana Belén Fletes



ESPASA  NARRATIVA

Título original: *The Pioneer Woman*

© Ree Drummond, 2011

© Espasa Libros S. L. U., 2014

© De la traducción: Ana Belén Fletes, 2014

Imagen de interior: © Diana Taliun – Shutterstock

Primera edición: marzo de 2014

Depósito legal: B. 1.150-2014

ISBN: 978-84-670-4109-5

ISBN 978-0-06-199716-7, William Morrow ediciones, una división de HarperCollins Publishers, Nueva York, Estados Unidos, edición original

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Cayfosa (Impresia Ibérica)
Composición: Víctor Igual, S. L.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

1

ÉRASE UNA VEZ EN EL MEDIO OESTE

«**O**lvídalo», me dije, tumbada en la cama en la que había dormido toda mi vida. En una plena y autoimpuesta parada en boxes en mi ciudad natal del estado de Oklahoma, me encontraba atascada en una ciénaga de papel en forma de guías de estudio, borradores de mi currículum llenos de tachaduras, listas de apartamentos disponibles en Chicago y un catálogo de J. Crew del que acababa de pedir un abrigo de cuatrocientos noventa y cinco dólares tipo gabardina, de lana de color verde oliva, no chocolate, porque soy pelirroja, y porque Chicago es un poco más fresquito que Los Ángeles, de donde había regresado hacía unas pocas semanas.

Llevaba toda una semana buscando, revisando, comprando y pidiendo cosas por catálogo y estaba exhausta; los ojos me escocían de tanto leer, tenía arrugada la piel del dedo corazón de chupármelo para pasar las hojas, y mis peludos y calientes calcetines favoritos estaban sucios y deshilachados después de llevarlos puestos durante dos días seguidos.

Necesitaba un descanso.

Decidí bajar al J-Bar, un garito del barrio en el que sabía que unos amigos habían quedado para tomar una copa y celebrar las fiestas navideñas. Un rato antes me había excusado para no ir, sin embargo a esas horas una copa de Chardonnay se me antojaba no ya apetecible, sino necesaria. Obligatoria.

Pero estaba hecha un desastre, que es el inconveniente de no salir de tu habitación durante más de cuarenta y ocho horas seguidas. Tampoco es que quisiera impresionar a nadie. Al fin y al cabo, estaba en mi pueblo, el lugar que me había visto crecer, y pese a que es un lugar relativamente pintoresco y próspero, no podía decirse que fuera necesario ponerse de punta en blanco para ir a tomar una copa.

Con esa idea en mente, me lavé la cara, me apliqué un poco de rímel negro, obligatorio en una chica de tez y ojos claros, y me solté el pelo, que llevaba recogido en una cola baja. Me vestí con un jersey de cuello alto azul claro, ya desvaído, y mis vaqueros agujereados favoritos, me puse un poco de bálsamo en los labios y salí por la puerta.

Un cuarto de hora más tarde estaba con mis amigos de siempre y una copa de Chardonnay, sintiendo esa relajación que te producen los primeros sorbos de vino de la noche, pero experimentando también la alegría familiar de estar con gente a la que conoces de toda la vida.

Entonces lo vi, al vaquero del otro lado del bar. Alto, fuerte y misterioso, con sus pantalones tejanos y sus botas, bebiendo cerveza directamente de la botella. Y también vi el pelo de ese semental. Lo llevaba muy corto y lo tenía plateado, demasiado gris para la juventud que proclamaba su rostro, pero lo justo para hacerme enloquecer con todo tipo de fantasías sobre Cary Grant en *Con la muerte en los talones*. Elegante aunque curtido, aquel hombre tipo Marlboro era toda una visión. Después de unos cuantos minutos mirándolo embobada, inspiré profundamente y me levanté. Tenía que verle las manos.

Me acerqué disimuladamente a la zona del bar en la que él estaba. Como no quería que se me notara a lo que iba, cogí cuatro cerezas de la bandeja de aderezos y las puse encima de una servilleta de papel mientras les echaba un vistazo a sus manos. Grandes y fuertes. Bingo.

En cuestión de minutos estábamos hablando.

Pertenecía a la cuarta generación de una familia de rancharos criadores de ganado, cuya propiedad se encontraba a más de una hora de distancia de aquella refinada y organizada ciudad natal mía. Su tatarabuelo había llegado desde Escocia a finales del siglo XIX y poco a poco había ido adentrándose en la zona centro del país, donde conoció y se casó con una chica y se convirtió en un comerciante de éxito. Sus hijos fueron los primeros de la familia en comprar tierras y empezar a criar ganado a comienzos del siglo XX, y sus descendientes terminarían estableciéndose como criadores por toda la región.

Como es evidente, yo aún no sabía nada de todo eso aquella noche en el bar, cuando me paseé por delante de él con mis botas puntiagudas de Donald Pliner, mirando con nerviosismo alrededor. Hacia el suelo. A mis amigos. Traté por todos los medios de no mirar demasiado fijamente aquellos ojos de hielo azul verdoso o, peor aún, de babearle encima.

Por otra parte, aquella noche tenía muchas cosas que hacer: estudiar, seguir puliendo mi currículum, sacar brillo a mis adorados zapatos negros de salón, aplicarme una mascarilla rejuvenecedora, puede que ver *West Side Story* en VHS por enésima vez. Pero sin que me diera cuenta, transcurrió una hora y luego dos.

Nos pasamos la noche hablando, ajenos a todo lo que pasaba a nuestro alrededor, como sucedía en *West Side Story* cuando Tony y María se ven por primera vez en medio de una muchedumbre. «*Tonight, tonight, it all began tonight.*» Mis amigos se reían y bebían en la mesa de la que me había levantado hacía rato, sin darse cuenta de que su amiga pelirroja había sido alcanzada por un rayo.

Antes de que pudiera lanzarme a cantar el segundo estribillo de la canción para mis adentros, aquel misterioso vaquero —mi propia versión de Tony— me anunció de repente que tenía que irse.

«¿Irse? —pensé yo—. ¿Irse adónde? En este mundo sólo existe este bar lleno de humo...» Pero para él no: su hermano y él tenían planeado cocinar no sé cuántos pavos de Navidad para gente necesitada de su pueblo. «Mmm, y encima es bueno», pensé sintiendo una puñalada en las entrañas.

—Adiós —dijo con una amable sonrisa.

Y, con esas palabras, él y sus deliciosas botas salieron del J-Bar, con aquellos Wranglers azul oscuro cubriendo lo que estaba segura que debía de ser un cuerpo esculpido en granito.

Sentí como si se me encogieran los pulmones, seguía oliendo su aroma en el aire viciado de tabaco. Ni siquiera sabía su nombre. Rogué que no fuera Billy Bob.

Estaba segura de que me llamaría al día siguiente por la mañana, digamos a las nueve y treinta y cuatro. Aquélla era una comunidad relativamente pequeña, podía encontrarme si quería. Pero no llamó. Y tampoco lo hizo a las once y trece ni a las dos y cuarenta y nueve, ni a ninguna otra hora del día, ni de la semana, ni del mes.

Durante ese tiempo, cada vez que se me ocurría pensar en sus ojos, en sus bíceps, en sus provocativos pero tranquilos modales, tan diferentes de los de todos esos estúpidos chicos de ciudad con los que me había molestado en tratar durante los últimos años, me inundaba una salada ola de decepción.

Pero no importaba, me decía. Me iba a Chicago. Una ciudad nueva. Una vida nueva. No tenía ninguna atadura con nadie y menos aún con unos vaqueros Wranglers y el pelo plateado. Al fin y al cabo, los vaqueros montan a caballo y se ponen pañuelos alrededor del cuello, mean en mitad del campo y tallan figuritas con su navaja. Y llaman a sus hijos Dolly y Travis, y escuchan música country.

Nada que ver conmigo.

Seis meses antes, estaba comiendo sushi con J, contándole que me marchaba de Los Ángeles.

—Necesito una parada en boxes —le dije.

Él tragó con nerviosismo un trozo de erizo de mar.

Llevaba años en Los Ángeles, los últimos cuatro con él. Desde que J llegó a la ciudad en el primer año de carrera, me había estado introduciendo en los placeres culinarios, materiales y urbanos que aquella inmensa ciudad tenía que ofrecer.

Procedente del relativamente calmado Medio Oeste, yo era como una niña en una tienda de chucherías. Mis cuatro años de universidad habían estado marcados no sólo por clases, exámenes y trabajos, sino también por famosos a los que me encontraba por la calle, manjares deliciosos y chicos. Lo había probado todo: fiestas en el Sunset Strip, encontrarme con Sean y Madonna en el rodaje de una película, besar a James Garner en un ascensor y sobrevivir a los efectos del veredicto de Rodney King. Y, por extraño que parezca, de repente, cenando sushi con J aquella noche, supe que estaba harta.

No de Los Ángeles. De J.

El dulce chico del sur de California que estaba sentado enfrente de mí no tenía ni idea de que existiera tierra americana al este del desierto de Mojave. Llevábamos juntos desde la universidad y en ese momento, cuatro años después, con la boca llena de rollitos de pepino y tamago, le anuncié que me iba de Los Ángeles, que volvía a casa en vez de acompañarlo a San Francisco, donde acababa de aceptar un trabajo en una empresa de ingeniería una semana antes.

Había dicho que sí a ese trabajo porque era una gran oportunidad y también porque supuso que yo me iría con él. Parecía lo lógico para una pareja que llevaba saliendo cuatro años. Al principio yo también lo pensaba. Pero no sé cómo, la semana siguiente a que aceptara el empleo, el sentido común me cogió por los hombros y me zarandeó.

Yo no quería quedarme en California. No quería estar con J. No quería estar allí. Quería irme. El sentimiento ya llevaba un tiempo gestándose. Había empezado con un pequeño agujonazo de añoranza de una vida que ya conocía, para culminar —una vez que J aceptó su trabajo— en forma de determinación colosal de volver al Medio Oeste. A Chicago probablemente. Allí estaría más cerca de casa, a un corto trayecto de avión en vez de dos, y a veces tres, transbordos y un día entero de viaje. Estaría más cerca de los amigos, de la familia.

Y en un clima más adecuado para mi tez.

Y lo que era más importante, me alejaría de los grilletes de lo que me había dado cuenta que era una relación sin salida de manual. Si no la dejaba entonces, después me resultaría más difícil.

—No voy contigo —le dije a J—. No es lo que yo quiero. —Así comenzó una arremetida de frases breves.

»Simplemente, no puedo irme contigo así sin más.

»Tengo que aprender a apañármelas yo sola.

»Ni siquiera sé qué hago aquí.

La sarta de patéticos clichés salían de mi boca pastosos como el wasabi que mezclaba con la salsa de soja.

Odiaba cómo sonaba.

—Me voy a casa una temporada... a limpiar telarañas —continué.

—Pero volverás, ¿verdad? —preguntó J y bebió un buen trago de sake.

Pobre J.

Nunca se enteraba de nada.

Unas semanas después, entraba en casa de mis padres con mi piel, normalmente clara y pecosa, de un tono tostado de tanto ir y venir de mi coche en Los Ángeles en los últimos años. Dejé el equipaje californiano en el vestíbulo y

subí corriendo la escalera para tirarme boca abajo en la cama de mi juventud. Me quedé dormida de inmediato y estuve casi una semana sin abandonar el solaz que me proporcionaban mis sábanas de color melocotón de algodón de trescientos hilos.

El adorado perro de la familia, *Puggy Sue*, se hizo un ovillo a mi lado y no se movió de allí durante días; sus suaves orejas aterciopeladas eran la manta protectora perfecta para mi confuso corazón perdido en el limbo.

Mi hermano Mike subía a hacerme compañía a ratos. Es un año y medio mayor que yo y no tenía nada mejor que hacer. Su discapacidad intelectual le permitía ser completamente feliz allí sentado, acariciándome la cabeza, diciéndome lo bonita que era y contándome si aquella mañana había desayunado galletas y carne de cerdo o tortilla de *quezo*. Y yo lo escuchaba como si estuviera escuchando el discurso del estado de la Unión.

Era maravilloso estar en casa.

Al cabo de un rato, Mike me preguntaba si quería ir al parque de bomberos número tres, donde él estaba casi siempre, y yo le contestaba que no, que tenía muchas cosas que hacer. Entonces se iba enfurruñado y yo volvía a dormirme otro rato.

Estaba en la gloria.

De vez en cuando me despertaba; lo justo para hojear un rato las revistas de cotilleos antiguas que había en mi mesilla de noche —una *Seventeen* con Phoebe Cates en la portada— o arreglarme las uñas sin moverme, mirando el papel floreado de color topo de las paredes, mientras relocalaba mentalmente las delicadas florecitas blancas, igual que cuando era pequeña.

A veces lloraba. Lo cierto era que a J le había dado mucho. Tan fuerte y segura de mí misma como siempre había querido creer que era, me había convertido en un ser patético y dependiente de él mientras vivía en California.

Me avergonzaba haberme permitido instalarme en esa rutina, en esa profunda zanja de inseguridad y miedo a la que tantas mujeres jóvenes se ven abocadas al menos una vez en la vida. Una... si es que tienen suerte.

También lloraba en respuesta al inmenso alivio que sentía, como si me hubieran quitado del pecho treinta y cinco toneladas que me impedían respirar. Exhalé durante días, aunque me seguía saliendo un largo torrente sibilante.

Lloraba porque había dejado a J y no al revés, lo que habría sido una mierda, ciertamente.

Lloraba porque J era una monada y se había convertido en un hábito.

Lloraba porque le echaba de menos.

Para matar el tiempo, empecé a ir a cenar con mi abuela, Ga-Ga, y su pequeño círculo de amigas, en el pueblo donde vivía, a treinta y dos kilómetros de distancia. Desde hacía años, los martes cenaban todas juntas en el Ideal Café y me invitaron a unirme a ellas. Mi primera cena con Ga-Ga, Ruthie, Delphia y Dorothy fue agotadora y desagradable. Yo pedí acompañamiento vegetariano a base de puré de patatas y judías verdes de lata, mientras veía a todas aquellas señoras comer cosas horribles, como hígado con cebolla, filete de pollo frito y carne de ternera asada, al tiempo que hablaban del banquete que se iba a celebrar próximamente en la iglesia, de lo que había conseguido recaudar la Asociación de Profesores Jubilados con la venta de bizcochos y de lo mucho que habían crecido los niños del vecindario. Después compartieron entre todas dos trozos de pastel —siempre de merengue de ruibarbo y limón— mientras yo pedía otra Coca-Cola Light sin dejar de mirar la hora con nerviosismo.

No podía entender lo importantes que eran esos asuntos para todas ellas. ¿No sabían lo pequeño que era su

pueblo? ¿Lo grande que era Los Ángeles? ¿No sabían que había todo un mundo fuera de allí? ¿No se aburrían nunca?

Adoraba a mi abuela, pero su escena pueblerina fue casi demasiado para mí. Yo estaba destinada a algo más grande.

Mucho más grande.

Cuando se terminaron el pastel, nos despedimos y volví a casa, a meterme en la cama dos días más.

Por fin, una mañana de un par de semanas más tarde, me levanté de la cama sin volver la vista atrás. ¿Cuáles eran mis motivos para llorar? Tenía algo de dinero en el banco y apenas gastaba nada gracias a mi cómodo y gratuito alojamiento en casa de mis padres, en el campo de golf. Podía planear mi mudanza a Chicago con calma. Y J, mi permanente compañero de los últimos mil cuatrocientos sesenta días (hora más o menos), no estaba por ninguna parte.

La realidad de mi juventud no tardó en hacer acto de presencia y, dentro de mi libertad de veinteañera, empecé a darme cuenta de que era un agente libre.

Aunque J aún no lo supiera.

Tracy, un abogado rubio de mi ciudad que estaba como un tren, fue mi primera incursión en el mundo de las citas después de J. Salimos cuatro veces y nos reímos mucho, pero era demasiado mayor —¡casi treinta años!— y probablemente me considerase demasiado frívola.

Después de Tracy vino Jack, británico, profesor ayudante de tenis y organizador de cursos en el club de campo. Era monísimo y me encantaba su acento, pero con dos años menos que yo, me parecía demasiado joven. Luego me vi con un antiguo novio del campamento de la iglesia que se había ido a vivir fuera y que me enteré de que había

vuelto a Oklahoma. Dulce, pero nunca tendríamos nada a largo plazo. A continuación salí a cenar con chicos diversos sin nada especial.

Entonces conocí al señor B, un hombre dieciséis años mayor que yo, con un hándicap tres, que no besaba nada mal.

Y eso fue todo lo que hicimos el señor B y yo: besarnos.

Tracy me había dado para un par de películas y una o dos salidas a cenar. Jack y yo habíamos ido a pasear a su perro dos veces. Pero el señor B y yo lo único que hicimos fue morrearnos. Era lo único que él tenía en la cabeza. Era como si nunca hubiera oído hablar de ello antes de entonces y yo tenía los labios irritados todo el tiempo.

Aunque fue genial. Ni ataduras, ni riesgos, ni grandes recompensas.

Pero al cabo de un mes, cansada de comprar bálsamo para los labios, decidí romper. Él me llamó llorando a la noche siguiente, diciéndome que me había puesto como única beneficiaria en su póliza de seguro de vida. En algún momento de aquel mes, el señor B había llegado a la conclusión de que yo era la elegida, la respuesta a sus plegarias de solterón. Se había hecho a la idea de que acabaríamos casándonos, me dijo, y no podía creer que estuviera rompiendo con él cuando estaba claro que éramos perfectos el uno para el otro. Al parecer, ya había empezado con los planes de boda, incluido el menú del banquete y el segundo nombre de nuestro tercer hijo pelirrojo, de ojos azules y tez clara. No perdía el tiempo.

El señor B siguió hablando y llorando —más bien lloriqueando— dos horas más. Y yo lo escuché, haciendo todo lo posible por ser amable y compasiva. Lo cierto es que me sorprendí echando de menos a J, que nunca fue un hombre de grandes demostraciones de amor y afecto, pero tampoco hacía planes ilógicos y ridículos, ni se ponía a llorar como una magdalena.

Eso, a su vez, me hizo echar de menos la vida en la ciudad y empezar a pensar en serio en Chicago. Por ansiosa que pudiera estar por abandonar Los Ángeles, basándome en el breve lapso de tiempo que había pasado en casa, sabía que mi sitio estaba en un ambiente urbano.

Echaba de menos las comodidades, las cafeterías en cada esquina y las librerías abiertas hasta medianoche. Echaba de menos la gran cantidad de puestos de comida para llevar, las tiendecitas de maquillaje y los salones coreanos de manicura en los que unas señoritas coreanas pululan a tu alrededor masajeándote los hombros a intervalos de cinco minutos, hasta que se te acaba el dinero.

Echaba de menos el anonimato, la posibilidad de ir al mercado sin encontrarte con tu profesora de tercer grado.

Echaba de menos la vida nocturna, saber que siempre te puedes arreglar y salir a cenar y a tomar algo con alguien si te apetece.

Echaba de menos los restaurantes, la comida asiática, tailandesa, italiana, india. Ya estaba harta de puré de patatas y judías verdes de bote.

Echaba de menos la cultura, la seguridad que te produce saber que tu ciudad está en la agenda de los musicales de Broadway más importantes.

Echaba de menos ir de compras, las boutiques más mononas, las tiendas eclécticas, curiosear.

Echaba de menos la ciudad. Necesitaba estar en medio del jaleo.

Justo entonces me llamó Kev. *Kev*. Mi primer amor, mi primera obsesión con algo que no tuviera que ver con Billy Idol o Duran Duran. Fuimos novios en el instituto y había seguido ocupando de forma permanente el lugar de tú-fuiste-mi-primer-amor en lo más profundo de mi corazón durante los últimos ocho años.

Los dos habíamos salido con otras personas en ese tiempo, claro está, pero Kev siempre había estado ahí. Al fin y

al cabo, había sido mío antes que de nadie más. Y yo suya. Y ver su nombre en el teléfono la noche en que corté con el señor B fue como si me inyectaran sangre en las venas.

¡Kev, qué idea tan brillante! Se acababa de graduar en Derecho y seguramente aún debía de estar decidiendo qué iba a hacer a continuación. Sí, claro que sí. Kev. Por fin. Ahora éramos adultos, y nos conocíamos mucho, estábamos cómodos el uno con el otro y éramos libres.

Las posibilidades invadieron mi imaginación y en cuestión de segundos lo vi claro: Kev y yo juntos podía ser la solución perfecta. Yo ya lo sabía todo de él; no habría ningún secretillo desagradable bajo la superficie y ni siquiera tendríamos que pasar por esa irritante etapa del flirteo/cortejo, una perspectiva muy halagüeña, teniendo en cuenta los chicos con los que había salido. En vez de tener que empezar desde cero, Kev y yo podíamos retomarlo donde lo habíamos dejado. Podía tener las maletas hechas en dos días y reunirme con él en cualquier gran ciudad que hubiera elegido: Chicago, Filadelfia, D. C., no me importaba.

Tenía que alejarme de los labios del señor B y de su póliza de seguro de vida.

—Hola... soy Kev —dijo su voz al otro lado de la línea. Sonaba como siempre.

—¡Kev! —exclamé yo, con una mezcla de excitación, expectativas, nostalgia y esperanza.

—¿Sabes qué? —dijo.

Mi imaginación se desbocó: «Ha conseguido trabajo y quiere que vaya con él. Adelante, Kev. Estoy lista. Y la respuesta es un atronador sí».

—Me voy a casar —dijo a continuación.

Casi se me doblaron las rodillas.

Al día siguiente empecé a hacer planes para irme a Chicago.

Un mes después, en un bar lleno de humo, conocí a un vaquero que me derritió el alma.

En los cuatro meses posteriores continué con los preparativos para la mudanza. Si de vez en cuando me descubría pensando en el curtido protagonista del anuncio de Marlboro que había conocido en el J-Bar en Navidad, me decía que era mejor que no me hubiera llamado. No necesitaba que nadie me distrajera de mi determinación de regresar al mundo civilizado.

Regresar a donde vivía la gente normal.

Decidí quedarme cerca de casa hasta la boda de mi hermano mayor, Doug, en el mes de abril, y partir hacia Chicago un par de semanas después.

Mi intención en todo momento había sido que la vuelta a casa fuera sólo una parada técnica de camino a Chicago, mi nuevo hogar. Siempre me había gustado esa ciudad, su ritmo, el clima, aquellos chicos católicos tan monos. Mudarme allí me parecía lo más natural y sería un gran paso hacia mi separación permanente de J, que teóricamente seguía estando en mi vida, pese a los tres mil doscientos kilómetros de distancia.

J y yo no habíamos roto de forma oficial. Habían pasado varios meses desde que abandoné California y en ese tiempo incluso nos habíamos visitado en nuestros respectivos lugares de residencia. Pero durante las semanas previas a la boda de mi hermano me fui distanciando. Cuanto más tiempo pasaba lejos de J, más cuenta me daba de que nuestra relación se basaba en mi dependencia de él.

J era del condado de Orange, nacido y criado en Newport Beach, y en él (y también en sus padres) encontré un hogar confortable y seguro, estando tan lejos como estaba del mío. Tenía un lugar adonde ir los fines de semana, cuando el campus de la universidad parecía una ciudad fantasma; tenía una familia que siempre se alegraba de

verme cuando iba de visita; había encontrado un lugar acogedor. Confortable. Fácil.

Más o menos por esa época, J empezó a llamar y a presionarme para que volviera a California, algo que yo sabía que no iba a ocurrir, aunque aún no había encontrado el valor para decírselo. Chicago me daría esa oportunidad; lo único que tenía que hacer era esperar un poco más antes de darle la noticia.

J quería que volviéramos, quería que lo nuestro funcionara, quería empezar a trabajar en el tema de casarnos. «Trabajar en el tema de casarnos.» Había algo en el uso de la palabra «trabajar» en ese contexto que me chirriaba. Pero J seguía dale que te pego; quería que las cosas volvieran a ser como antes. Como cuando estaba en California. Como cuando era suya.

Pero eso se había terminado. Para lo único que me había servido la ecléctica colección de citas de los últimos meses había sido para confirmar mi creencia de que no estaba preparada para establecerme con nadie, y que la pasión que pudiera haber sentido por J durante más o menos el primer año de nuestra relación hacía tiempo que había sido sustituida por mi necesidad de estabilidad durante el tiempo que estuve en Los Ángeles; una ciudad que, pese a las fiestas, las tiendas y el resplandor de la vida nocturna, a veces puede ser un lugar muy solitario.

La semana anterior a la boda de mi hermano decidí que había llegado la hora. Por cobardía y careciendo de la elocuencia necesaria para explicarlo de forma adecuada por teléfono, le escribí a J una carta muy larga y ñoña, en la que lo *desinvitaba* a la boda familiar, a la que él tenía previsto asistir, y, mediante eufemismos, describía todas las razones por las que creía que debíamos poner punto final a nuestra relación definitivamente.

Para mi sorpresa, J accedió a no asistir a la boda, pero, misteriosamente, evitó seguir hablando de nuestra re-

lación. «Puedes estar aquí dentro de unas semanas», dijo.

Yo no estaba segura de si se daba cuenta de lo que le decía en mi carta. Pero así había sido nuestra relación: la comunicación clara nunca fue nuestro fuerte.

El fin de semana de la boda de mi hermano lo pasé en compañía de Walrus, su mejor amigo, de Connecticut. Un chico con gafas, afectuoso, que resultó ser la alegre distracción que me hacía falta, mientras mi hermana Betsy lloraba, gritaba y rechinaba los dientes, quejándose de que era la única de allí que estaba en primer año de universidad y era demasiado joven para salir con un chico de veintisiete años.

Walrus era mono como él solo, y en la cena previa y la fiesta que siguió lo pasamos en grande gastando bromas. Aquella noche nos quedamos hasta muy tarde hablando y bebiendo cerveza, y no hicimos nada que pudiéramos lamentar. Durante la ceremonia propiamente dicha, Walrus me sonreía y me guiñaba un ojo. Yo le sonreía también, principalmente porque me sentía libre y estaba emocionada con la idea de irme a Chicago. Con la idea de la libertad. De mi futuro.

Walrus había sido el remedio ideal, aunque sólo fuera durante un fin de semana. Era el chico perfecto; tras el banquete, me dio un beso de buenas noches y me dijo: «Hasta la próxima boda».

De manera que cuando el fin de semana de fiesta terminó, mi hermano y su flamante esposa partieron hacia Hawái y a última hora de la tarde del domingo me sonó el teléfono, estaba segura de que era Walrus, que me llamaba desde el aeropuerto para despedirse de nuevo y charlar un poco más sobre lo bien que lo había pasado conmigo el fin de semana.

—¿Diga?

—Sí, hola... ¿Ree? —dijo una profunda voz masculina.

—¡Hola, Walrus! —chillé yo con entusiasmo. Siguió un largo silencio—. ¿Walrus? —repetí.

La voz grave habló de nuevo:

—Quizá no te acuerdes de mí... Nos conocimos en el J-Bar, en Navidad.

Era el hombre Marlboro.